

tierra y libertad

año I - número 1
Barcelona, 8 noviembre de 1930

semanario anarquista

comer y hablar

España es el país donde se come menos y se habla más.

En Barcelona se han pronunciado 870 discursos y conferencias en seis meses, sin contar los sermones.

En Barcelona han muerto de hambre en los mismos seis meses unas 2000 personas, calculando la proporción que dan las estadísticas, sobre la causa real de las detenciones.

Porque hay quien muere de esto o de aquello, pero sucumbe, en realidad, por hambre heredada y acumulada.

Se obgrava que quien come lo suficiente no habla tanto como el que ayuna. Así vemos que la gente rica no necesita pronunciar discursos ni escucharlos.

La gente rica no necesita oír ni hacer discursos sin cesar para ponerse de acuerdo, no necesita amontonar literatura para defender sus privilegios. Le basta crear intereses para sostenerse en sus posiciones y pagar a unos cuantos granujas como Maestu para que elaboren la teoría reverencial del dinero con argumentos mucho más serviles que los esgrimidos hasta ahora. Hay que demostrar las ideas y no exponerlas tan mal expuestas. A la escuela de Maestu pertenece Luis de Zulueta, el catedrático de cátedra regalada que publica estos días en «La Vanguardia» un artículo de filisteo sobre el donjuanismo sin decir, naturalmente, que ese tipo asesino y desocupado que se llama Don Juan es una creación del pretendido satanismo de la gente bien comida y que no interesa al 95 por 100 de los seres que tienen ojos en la cara. Don Juan es un eharlatán que come bien y nada más. Todo lo que dice son imbecilidades o mismo si habla por boca de Zorilla que de Molière, que de Byron.

Tu que has asistido a 200 mitines y a 100 conferencias (cuántos libros has leído en ese tiempo?)

Tu que te sientas para escuchar mal dicho lo que podrías leer bien expresado (¿lees mucho?)

(¿Le aplicas a ejercitar el esfuerzo cerebral directamente?) (Por qué desprecias el libro y adoras al conferenciante en vez de alejarte de éste y dedicarte a estudiar?)

(¿No sabes leer?) (Eres uno de los 80 analfabetos por 100 que viven en este bendito país?) Entonces las conferencias son para tí un espectáculo y si eres un analfabeto y además partidario de los espectáculos, estás irremisiblemente perdido.

(¿Sabes leer?) Lee, no te digo que leas sin cesar porque no puedes; no es ejercicio racional leer sin tregua.

Elige tus lecturas y verás que variedad de temas sugestivos se te ofrecen. El conferenciante es una cuerda siempre o casi siempre destemplada. Gentes que hablan con naturalidad en la vida de relación, son insoportablemente pesados en la tribuna por el artificio de sus palabras.

El libro te da al autor pesado y al autor inteligente. Seleccióna tus lecturas y acabarás por renegar de las conferencias, derivaciones casi siempre de la política y de la religión. Los conferenciante son muy capaces de adular el auditorio rascando culebras por la boca para hacer partido. Eso lo hacen también los eharlatanes de plazuela, los que subsisten en cualquier esquina y los prestidigitadores.

No hay orador modesto como no hay clérigo sencillo ni galoneado llano. Unos y otros nos enseñan los galones o los dientes o se ponen en una tribuna como una cupletista buscando el aplauso.

El público cobarde prefiere a los oradores que todo lo queaman desde la tribuna, a los que se muestran como energúmenos y dan la impresión de que a su paso va a hundirse la tierra, resultando al fin y al cabo que se van a comer opíparamente.

En un pueblo pagaron unos analfabetos 500 pesetas a un conferenciante por dar discursos, viajes y fonda. Ninguno de aquellos analfabetos podía leer pero quería aplaudir a una cupletista.

Es un poco raro que los hombres que dicen tener ideas llamen a ninguna cupletista. Si saben leer harán bien en leer; sino saben leer lo primero es aprender el alfabeto.

La propaganda tiene el mayor interés pero la verdad es que los libros edu-

can y los conferenciante sólo producen conferenciante.

La oratoria crea líderes y jefes y los jefes crean oratoria, debatiéndose en un círculo vicioso como la pescadilla que se muerde la cola.

La oratoria amontona en el público a los incondicionales que son la claqué, una claqué voluntaria y no retribuida pero claqué al fin y al cabo.

Se ha observado, y no en un solo país ni en una sola época, que si disminuyen los analfabetos disminuyen los conferenciante.

El actor es, a su manera, un conferenciante pero hay que pasar por oír lo que dice. El conferenciante es un actor gratuito y por eso tiene público aunque sea mal conferenciante. El espectáculo atrae porque no requiere esfuerzo. El estudio no es espectacular y por ello tiene menos partidarios.

Una tribuna es, casi siempre, un escaparate. Una mesa de trabajo es un observatorio.

Suele decirse que hay oradores capaces de meterse al público en el bolsillo. También Napoleón tenía a 300.000 hombres en un puño; tenía un rebaño. Hay públicos que también son rebaños. La producción de libros es abundante, varia, admirable en muchos aspectos. Los conferenciante, por el contrario, van siendo cada vez más pesados.

Hay un arte de dar conferencias. Ciertamente, y García Sánchez dicen que domina ese arte, pero García Sánchez es el niño bonito con ademanes de cupletista, silabeo de cupletista y ojos de cupletista. Sólo puede agradar a un público de cupletistas en potencia.

Aquí donde se habla tanto y se protesta tanto oralmente, una conferencia no es más que un entretenimiento parlamentario o académico.

Se inventaron los telegramas de protesta para desahogar esos flojos resortes del carácter servil que cree cumplir su deber enviando un telegrama de protesta cuando le dan una bofetada. Eso sólo puede ocurrir en un país donde abundan los eharlatanes.

Un país que tolera bofetadas y tiros contrastando sólo tales agresiones con palabrería telegráfica, es un país de esclavos. La esclavitud se perpetúa con la palabrería y se suprime con el estudio.

Ningún verdadero hombre de acción es hablador. Ningún hablador es hombre de acción. Todo se le va en palabras.

La elocuencia es plata según los árabes, pero añaden que el silencio es oro. Maragall escribió el «Elogio de la palabra». Nació en un país verbalista, perezoso y retórico que adoraba a Castelar y fusiló o dejó fusilar a Ferrer.

F. ALAIZ

barrera

Hoy como nunca florece en el campo burgués una erupción procedente del militante llamado revolucionario, tipo que pasan quince o veinte años chillando contra la burguesía y acaban montando un negocio para explotar menores y hacer el señor.

Uno de esos señores es Martín Barrera cuya imprenta es un verdadero degolladero: imprenta que quería boicotear el secretario del Sindicato actual de Artes Gráficas mientras no fue domesticado por las entrañas de ella; imprenta que ha explotado vergonzosamente a los menores; y no paga trabajo entregado hace tres años por el compañero Alaiz; imprenta en la que el ex revolucionario Barrera está viviendo sin trabajar pero haciendo trabajar a los demás y no pagando encima. Barrera el burgués tuvo la desvergüenza de firmar así un manifiesto: Martín Barrera, sindicalista.

Conviene ir rascando a la vergüenza pública a quien pasa unos años entre los trabajadores y se vale de estos para no trabajar ni pagar.

Que haya un burgués más es mala cosa, pero que ese burgués nueva empuje por no pagar a los trabajadores es francamente intolerable.

Hay tela cortada para rato. Los desprecios, que dejan de serlo o que se gan siéndolo puesto que si los tolera, pero que paciencia los jornaleros. De lo contrario vamos a retablarlo de cuerpo entero, y conste que pagamos.

de nuevo

Hoy reaparece TIERRA Y LIBERTAD, suspendida meses atrás por las autoridades.

Sobre la ideología de TIERRA Y LIBERTAD poca tenemos que decir.

Hable por nosotros la historia consecuente y obnegada de este semanario que en todas sus épocas supo dar la cara con gallardía, defendiendo contra todo y contra todos las convicciones anarquistas.

Como TIERRA Y LIBERTAD se editaba en Barcelona, en Barcelona reaparece hoy, sin que tengamos arte ni parte en el propósito hecho público en periódicos y semanarios de que iba a aparecer en Madrid.

EL GRUPO

«TIERRA Y LIBERTAD»

no es ese el camino

El día 11 de noviembre a las 11 de la mañana, los inculcos que se llaman civilizados, practicarán dos minutos de silencio, en notocauto a las víctimas de la guerra.

Comedia, pura comedia, puesto que la iniciativa de estos minutos de silencio nació de una de las naciones más bélicas del globo, y que se ha negado al desarme.

La propia nación que propuso el desarme, no estaba dispuesta a realizarlo. Si la propuso fue por pura teatralidad, puesto que sabía que no sería aceptado su proposición. De hacer que rido el desarme, lo hubiera realizado de por sí, como lo ha hecho el Luxemburgo, como lo ha hecho Dinamarca, sino estoy mal informado, y no hubiera ido con proposiciones de desarme a quien tiene sed imperialista.

Si los pueblos no viviesen alegres y confiados, si se fijaran más en los problemas que sólo ellos deben resolver, y no sus gobernantes, el desarme sería un hecho, los pueblos, los productores las víctimas de la guerra ya hubieran destruido cañones, fusiles, perrechos de manzana, y hubieran ahorcado a esos sabios miserables que anteponen a los intereses sagrados de la humanidad, la patraña guerrera del patriotismo.

No son los Estados, no son los gobiernos—lucayos sumisos de la banca y de la burguesía—los que han de impedir la guerra, cuando educan a los pueblos para ensangrentar territorios.

No es la prensa, esclava de la burguesía, creada y sostenida por ella, la que ha de acabar con la guerra. La prensa tiene una gran fuente de ingresos con la guerra. Su sistema de mentir, de afirmar hoy lo que niega mañana, y vuelve a afirmar al otro día, llena su cajón de un modo absoluto, y como parte interesada, en esta castración de dignidad y sentimientos, es el mejor sector para mantener latente la asquerosa patriotía que lanza a unos pueblos contra otros.

La base de la guerra es el sistema capitalista, la sociedad burguesa. En tanto exista la explotación, el privilegio, las castas, las clases, no te hagas ilusiones pueblo, la guerra subsistirá.

La guerra es necesaria para que adelante el imperialismo. La burguesía se une para domar al proletariado, para mostrar a los esclavos que intentan rebelarse, pero cuando los explotados no intervienen cuando el interés de clase dominante no les obliga a formar el frente único, ellos entre ellos se pelean, se roban mercados, se roban territorios, se dan zapatos fetos.

Y para esos menesteres, rebanan mano de la guerra.

No, no van los privilegiados los que quieren la paz. Ellos no arriesgan nada, y pueden ganar mucho.

Quien lo puede todo son los pueblos, los productores, y no hay más que un camino que conduzca a la paz, el único.

(¿Sabes cuál?) La Revolución Social.

la política

A los partidarios de las colaboraciones con los políticos de las izquierdas, para un movimiento de conjunto que derribe el régimen, les voy a dar unos datos substanciales sacados de dos actos públicos dados en esta localidad los días 19 y 20 de octubre por los republicanos. Insensato sería el individuo o Comité de la organización obrera o anarquista que se pusiera al lado de cualquier sector político parlamentario, rapiendo que ninguno deja de ser partido de orden.

Esto, los anarquistas ha tiempo que lo tenemos olvidado; pero como parece que los tiempos que corremos no son muy claros en materia política, no está de más que los organismos obreros amigos de la acción directa, procuren que, por ningún concepto, sean vulnerados sus principios políticos, ya que son la esencia de una organización que por estar siempre frente a todas las inmundicias políticas, desde los basados burgueses hasta la última creación, que es el partido comunista, pudo crear una solvencia revolucionaria capaz en su día de derribar al régimen y sustituirlo con una pura administración de la producción y el consumo.

Dice Marcelino Domingo en uno de los venenosos párrafos de su conferencia pronunciada en uno de los mayores consejos de esta capital y ante una gran concurrencia: «yo sé lo que es posible en esos momentos; yo, que oyendo y soñando esa posición—esta naufragio de la disciplina que han observado los negociantes de onerencias locales, que han vuelto al trabajo por orden de sus dirigidos—, se que lo nuestro no es posible porque hay todavía en nuestro país un pu por 100 de analfabetos». Tanto da decir a decir que no quieren la República los propios republicanos; y si la quieren, será sin queorar un solo torcido del armamento actual, por cuanto dice al final del mismo párrafo: «de que es posible una República, pero una República que sin venir a distraer a los honestos no sea un peligro todavía para los conservadores». (¿Qué os parece, colaboracionistas?) Ni aun una República federal es la que se quiere implantar, sino una República que no distraiga a los derechos ni al centro. Una República así, será una República de sacristía.

Pero hay algo más sabroso. Dice: «Por que sé yo esto, sé que nosotros somos los hombres de mañana, de pasado mañana; que los hombres de hoy son otros hombres, que tendrán nuestro apoyo y nuestra colaboración y nuestro esfuerzo heroico y nuestro sostenido decidido y nuestra ayuda fervorosa, imposibilitando que el Estado que se constituya entre todos, desaparezca».

Aquí se quiere constituir una ensalada; y como los republicanos tienen miedo de no figurar en el plato, imploran su integración prometiendo darle todo el sabor que tienen, procurando por todos los medios a su alcance que no se descomponga, aunque se indigeste.

¿Quién o quiénes han informado a Marcelino Domingo de que «los obreros que con tanta disciplina civil se han conducido estos días, están convencidos de que una revolución comunista o sindicalista o socialista sería en España una reacción violenta que imposibilitaría por una gran cantidad de años la obra que es posible a nuestra generación?» Si bien en los primeros y en los últimos sería posible esta reacción, porque los primeros no son revolucionarios y los últimos constituyen una insignificante minoría, es demasiado afirmar que ocurriera con los demás, a no ser que los republicanos ejercieran de locos en el momento preciso como ocurrió en Barcelona en 1909.

Así que sería posible dicha reacción violenta y es por esto por lo que los trabajadores conscientes no se deciden a ir a la revolución con nosotros aun cuando haya algún Comité que lo aconseje, ya que no son las estas posibilidades, las negativas, que más nos preocupan, que en el orden colectivo pudieran obtener, en el futuro, los peores resultados que el mundo sea posible.

Por lo tanto, los republicanos, por sus actitudes de la revolución, si la fueran, no tratarán de eximirse de su responsabilidad, con el fin de que queden en el mundo algunos años, una idea de lo que es la política. Detálese a la autoridad. No es el estado de opinión anarquista el que...

libertad suya, adquirida por la fuerza de los fusiles, en detrimento del pueblo? Pues no es igual hablar de una libertad que de la libertad. Para el advenimiento de esa República que proponéis, es preciso enfrentarse con los sectores que representan el pasado y que no deben subsistir ya en el presente; negarles autoridad para seguir detentando los destinos de la nación; intentar contra la «libertad» de unos pocos por ser esta la negación de la libertad del resto de la humanidad.

¿Para esto queréis tener «derecho» a la confianza de aquellos hombres más exaltados en sus principios o más doloridos en sus quebrantos o más angustiados por sus sufrimientos? ¿Cómo podéis tener esta confianza, si a más de que no queréis aparecer como responsables ante unas Cortes de haber quebrantado el orden del país decís: «Ni mancharemos nuestras manos». Pues habéis de saber, republicanos de salón, que nadie puede creer en ningún doctor, que quiera asistir a un parto del cual ha de nacer un ser y tenga aprendizaje de mancharse las manos.

Lerroux que dedica su largo discurso a la burguesía, sigue tan enemigo de la revolución, aunque se llame revolucionario, como siempre. Dice que ya «no es aquel tribuno de la plebe que cumplía la misión de que no se extinguiera el sentimiento de rebeldía, el espíritu revolucionario en las muchedumbres sometidas a la ominosa esclavitud de la monarquía».

«Ahora no—dice—, vuestra condescendencia, la generosidad del pueblo, mi fortuna y mi trabajo, todo punto, me marca en la política española un puesto.» Subrayo las palabras mi fortuna, para remarcar, que si ayer buscaba la simpatía de los amos de la nación con el fin de que le dejaran gobernar, con aquella tritemente frase de «no me temblaría la mano para firmar rentencias de muerte», hoy ya tiene una fortuna y para defenderla; y defendiéndola, tendrá precisión de asegurar el orden; pues en cuanto al honor, dice que está «dispuesto siempre a ceder».

No puede haber exposición más clara de un mercenario que ofrece sus cualidades de sirviente cuando trata de buscar una colocación.

«La revolución puede ser una fuerza ciega, una fuerza bruta cuando no tiene más que la asistencia de una clase social.» ¿Qué opinión de esto, vosotros trabajadores que aun os queda alguna confianza en los hombres del republicanismo español? Si la revolución la hicieramos nosotros buscando nuestra emancipación, en busca de la libertad que a través de tantos siglos se nos detenta, sería una fuerza bruta una fuerza ciega; pero hecha esta por los elementos que desde la izquierda aspiran a gobernar, no será más que una tempestad en un vaso de agua, un amago de revolución; mejor dicho, el fantasma de la revolución que haga ceder por el modo a la burguesía y deposite el poder del Gobierno en manos de estos señores.

Si no conociéramos la historia de don Alejandro en materia revolucionaria, no concebiríamos cómo pudo hilvanar en los momentos actuales el párrafo siguiente: «No, ninguno de nosotros, los que hacemos profesión de fe revolucionaria, preferimos a la vez el sentido dramático y el sentido trágico que suele acompañar a la juventud cuando piensa en la revolución, con el ruido de los cañones que van al galope por las calles hacia la barricada, etc.» La revolución de Lerroux no es drama ni tragedia; la revolución de este señor caudillo no puede consistir más que en decirnos y en banquetes, porque allí todo son adelantos, felicitaciones entre copas de champaña que proporciona la ilusión de la tragedia con la seguridad que no existe, para luego caer en el sueño opaco de la borrachera.

Y qué puedo entresacar de su hábil discurso que no descubra la falsedad de los hombres del campo republicano cuando al final del párrafo que comento dice: «No, para nosotros esa revolución es un sueño del pasado, no es una aproximación del porvenir. Y me canso de comentar, porque necesitaría el pedregal entero si quisiera hacerlo minuciosamente con los detalles y con los datos que se merecen».